



pensamiento. La vida es el principio supremo de toda actividad, es potencialidad, fuerza que pide ser ejercitada u obrada, sin tener en cuenta la finalidad sobre la que se vuelca, como piensan los utilitaristas. No existen leyes ajenas a la vida, ella es autónoma, en el sentido de que se da a sí misma sus propias leyes.

El deber, es por lo mismo, una manifestación de ese poder, de esa fuerza vital, y de ningún modo viene impuesto desde fuera. ¿Cómo concibe Guyau la vida? La ve en un doble aspecto, uno consciente y otro inconsciente y es este último, tan olvidado por los filósofos, el verdadero fundamento de la acción. «La vida desconoce las clasificaciones y las divisiones absolutas de los lógicos y de los metafísicos... Estamos abiertos por todas partes, y por todas partes somos invasores e invadidos. Consiste esto en la ley fundamental que la biología nos ha enseñado: la vida no es solamente nutrición, también es producción y fecundidad. Vivir es tanto gastar como adquirir» (p. 177).

Tiene esta «nueva moral científica» características especiales, ya que es la única ciencia que no tiene por objeto ni datos puramente inconscientes ni puramente conscientes, sino que se halla en la frontera de estas dos esferas. Cuando Guyau se refiere a lo inconsciente, entiende por tal los actos reflejos, los instintos, lo que él llama las

percepciones sordas; mientras que dentro de lo consciente considera el razonamiento y la voluntad reflexiva.

Desde esta óptica es imposible hablar de obligación, como también es incorrecto y carente de sentido, aplicar una sanción. Si la vida es potencialidad que pide ser ejecutada, la obligación, el deber, la ley moral, son sólo expresiones de esa fuerza básica. «Puedo, luego debo» es el único imperativo de la vida, causa eficiente de nuestro obrar. A su vez, ¿cómo podemos hablar de sanción (en el doble sentido de recompensa o de castigo) a una acción que no realizamos por falta de potencialidad o que llevamos a cabo porque disponíamos de esa fuerza que impulsaba por verse cristalizada en una obra exterior?

La obligación y la sanción caen, pierden validez desde esta moral vitalista. La tenían, de acuerdo con el pensamiento de Guyau en las morales metafísicas o religiosas, pero no en esta «nueva moral científica»; en aquellas, tanto la obligación como la sanción eran impuestas por principios exteriores al obrar mismo. Esto no significa desembocar en un individualismo cerrado, solipsista, puesto que «la vida más rica es también la que se encuentra más llevada a prodigarse, a sacrificarse en una cierta medida, a partir con los otros. De donde se sigue que el organismo más perfecto es también el más sociable, y que el ideal de la vida individual es la vida en común» (p. 77).

De esto se desprende que para Guyau los valores más sociales son los intelectuales, que se caracterizan por ser los más interiores al individuo y los más comunicativos.

La moral que elabora este filósofo, por su propio principio, no puede dictaminar nada, no tiene decálogo determinado a ser cumplido, sólo puede dirigir al individuo un único mandato: «Desarrolla tu vida en todas direcciones, sé un individuo todo lo rico posible en energía intensiva y extensiva; para esto sé el ser más social y más sociable» (p. 105). Es esta ética una expresión de confianza y de fe en las posibilidades de la vida humana. ■

LILIANA CHECA.

## EL ESTADO NUCLEAR, PARADIGMA DE LA SOCIEDAD REPRESIVA

DESDE los comienzos de la polémica nuclear, los oponentes han señalado la extrema idoneidad de esta forma de energía para configurar una sociedad represiva, policiaca, militarista, en consonancia perfecta con las tendencias más preocupantes en la evolución de las sociedades desarrolladas. Robert Jungk, filósofo austriaco experimentado en la crítica del **endurecimiento** implacable de los mecanismos sociales y políticos en los países «post-industriales», recoge muy oportunamente los reflejos más sintomáticos de esta evolución, tomando los ejemplos de la contestación antinuclear en Europa Occidental y los Estados Unidos como «modelos» del desviacionismo dictatorial de las llamadas democracias occidentales.

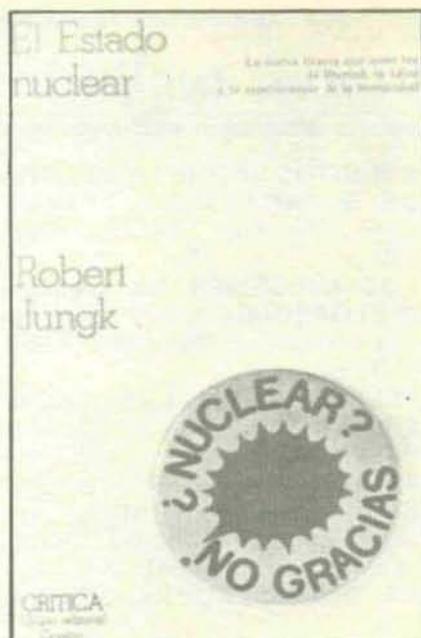
En el fondo, y en el vértice del poder, está el Estado, imparable, inobjetable, avasallador. «Los enemigos del Estado han de ser extirpados», señalan las democracias más civilizadas y ejercitadas. Las libertades públicas, **constitucionales e inalienables**, se recortan día a día, a través de mil mecanismos de «autodefensa institucional» y de «garantía» de la seguridad ciudadana o la paz pública...

La industria nuclear, esencialmente peligrosa por lo que supone para las poblaciones en caso de accidente y de neto carácter estratégico por ser la vía más directa hacia el armamento atómico, sugiere frente a los poderes públicos toda una constelación de medidas, normas y salvaguardias que, en definitiva, acaban limitando o negando libertades y derechos jurídica y oficialmente reconocidos. Jungk se detiene, especialmente, a señalar la ironía de las libertades sindicales o

del derecho de huelga, cuando dice que «las instalaciones nucleares, que siempre hayan de funcionar, nunca podrán ser objeto de huelga o reivindicaciones laborales clásicas: no pueden parar nunca, pese a todo». Ya hay, entonces, huelgas imposibles, ya quiebra el fundamental desafío ante el empresariado.

Esta industria aparece rodeada de innumerables secretos, debido a su aplicación para fines militares. Con ello, las informaciones pueden escamotearse en la medida en que se desee y con motivo de cualquier prevención de las autoridades. A esto se añade el culto al progreso técnico —cuy ejemplo más tópico es, precisamente, la energía nuclear— y a la «consciencia de la misión mística» que, según Jungk, aparece rodeando la actividad y los pronunciamientos de sabios, expertos y responsables. Junto a esto, sin embargo, se produce otro fenómeno, aparentemente contradictorio, que consiste en el silencio que se impone a los empleados no dotados de poder o de responsabilidad «política». Los expertos nucleares ordinarios no pueden tomar postura ni participar en debates sin la debida —y restringida— autorización de sus superiores. Tampoco, naturalmente, pueden confraternizar ni dar informaciones a quienes crean conveniente. Esto se repite en todos los países desarrollados, con industria nuclear en cualquiera de sus fases y, por supuesto, se da en el caso de la Junta de Energía Nuclear española.

El personal que va a trabajar y se selecciona para estos trabajos sufre un examen exhaustivo de ingreso, en el que se exploran y analizan cualidades y defectos, «puntos débiles» y obsesiones, tendencias políticas y creencias religiosas, etc. La República Federal de Alemania ha elaborado una pauta, «Criterios caracteriológicos y objetivos de aptitud para trabajar en Centrales Nucleares», que puede considerarse modélica por la amplitud del espectro a examinar y el rigor de la penetración psicopolítica. El pasado y el presente, el círculo de amistades y de camaradas intelectuales, la familia, los estudios y su «dimensión pública» son extremos especialmente vigilados, antes de decidir la admisión.



Robert Jungk cree conocer la configuración que del «homo atomicus» se ha hecho la industria nuclear. Se trata de un ciudadano que crea y admira la energía nuclear, que ponga en ella todas sus esperanzas, tanto de consumo energético como de progreso tecnológico; un ciudadano que sea controlable y estimulable a través de los medios de comunicación y se subleve frecuentemente ante las impertinencias de críticos, ignorantes y malintencionados, disconformes con todo; se trata de un ciudadano que sea explotable y consuma, que pueda actuar y regirse por estímulos y pautas de orden y de emulación de los avances en la investigación y la producción.

El problema de la protección de los centros nucleares frente al cada vez más extendido terrorismo, suscita la institucionalización de otro terrorismo —el «blanco»— ejercido por quienes poseen la verdad (y el poder). Surgen las policías industriales, los cuerpos de seguridad empresariales, las policías privadas que obedecen instrucciones de los detentadores del poder atómico. Entre los trabajadores de la central nuclear de Lemóniz, todavía en obras, no es posible distinguir quién trabaja verdaderamente en la planta y quién actúa de vigilante y espía de la empresa propietaria, Iberduero. Aparece una casta, el «clero nuclear», de expertos en seguridad técnica y policial, un grupo de privilegiados que se convierten en guardianes

celosos y eficaces de la verdad y la religión impuesta. De ahí a la vigilancia de los trabajadores en la vida privada, a la persecución —de cualquiera de las mil maneras posibles— de los desviados, a las campañas de prensa, la corrupción de periodistas, la apertura de «dossiers» sobre los líderes antinucleares, y a toda una ancha gama de «respuestas» del sistema amenazado no hay más que un paso, paso que franquean las empresas eléctricas y nucleares de todo Occidente (incluyendo España) todos los días.

Jungk recuerda casos de intimidación y de «misterio» ya contabilizados en el mundillo nuclear. Recuerda la muerte «accidental» de Karen Silkwood, en la autopista, cuando iba a entregar datos importantes sobre el manejo del venenoso plutonio a un conocido periodista del «New York Times». Recuerda la frase de Lev Kovalsky, físico nuclear francés, le dirigió a él mismo cuando se despedían después de conocerse en un mitin antinuclear: «Sólo si no me han liquidado para entonces». Recuerda cómo resultó destruido el automóvil del ingeniero nuclear Ingo Focke, disidente de la comunidad de científicos nucleares federales, y cómo fue despedido miserablemente el doctor Traube, también alemán, después de cambiar de filosofía frente al «progreso», etc. Jungk no relata algunas de las más representativas intimidaciones ejercidas sobre expertos antinucleares españoles porque no las conoce. Para los antinucleares españoles —entre los que no son demasiados aquellos que pueden considerarse «expertos», por haber conocido la industria nuclear— las puertas de la industria y de la Administración están absolutamente cerradas, así como las de la prensa y las de buena parte de la industria privada relacionada. La represión actúa implacable y certeramente. La tiranía nuclear amenaza el presente, pero también el futuro. La destrucción de estas nuevas cajas de Pandora puede afectar al entorno actual pero también al patrimonio biológico y genético de la humanidad. Sí, efectivamente, el hombre ha empezado a excederse y a encontrarse frente a los límites de su propia osadía. ■ PEDRO COSTA MORATA.